

PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA EN NUESTRA AMÉRICA

JUAN BOSCH

[Política: Teoría y Acción, Año 11, No. 122, mayo de 1990. Escrito en Madrid, España, en enero de 1957]

Cuando el investigador se dedica a aislar las causas de los males de la democracia en la América Latina, halla que son numerosas y que todas influyen mutuamente, unas en otras, al grado de que crean subcausas de verdadera importancia. Nosotros queremos señalar sólo una: la ausencia de una clase dominante que hubiera impuesto desde los primeros tiempos de la independencia su autoridad sobre los diversos sectores sociales y los hubiera conducido, con el rigor de la ley, hacia la organización y hacia la creación de las instituciones políticas indispensables en la vida democrática.

Tiene mucha difusión la tesis de que la democracia política liberal es producto de la burguesía industrial, pero se olvida con frecuencia que los Estados Unidos de Norte América, el país donde se han dado, a la vez, la democracia política y la social en la forma más sana que recuerda la historia, no estaban regidos por una burguesía industrial cuando iniciaron su vida independiente en el Siglo XVIII. Ahora bien, como tampoco había allí una clase dominante propiamente dicha al cesar la dominación inglesa, puede parecer caprichosa la afirmación de que la falta de una clase dominante es una causa de mucho bulto entre las que explican la ausencia de democracia política en la mayoría de los países de América Latina.

Al llegar a este punto, en los inicios mismos de nuestro trabajo, nos hallamos con un ejemplo de lo difícil que es aislar los orígenes de los males de nuestra democracia. Pues parece, en efecto, que, si el desarrollo de la democracia no fue perjudicado en la América del Norte por la carencia de una clase social dominante, no puede ni debe haberlo sido en la América Latina. Sucede, sin embargo, que en las colonias inglesas había un factor cultural que no actuaba en las colonias españolas. Allí se contaba con la tradición del respeto a los derechos individuales; entre nosotros la tradición consistía en el ejercicio de la autoridad gubernamental.

La monarquía tenía en Inglaterra origen divino, pero los colonos acostumbraban elegir sus representantes de entre ellos mismos, cosa que no ocurría en las dependencias españolas. Para nosotros sólo había una autoridad, la real, y su fuente era divina —” Por la Gracia de Dios. Rey de España”—; de manera que cuando se desconoció el derecho del rey sobre las colonias, y fue, por tanto, abolido el origen divino del poder público, nos hallamos, con que no había, en todo el Continente, fuente legal o tradicional de la autoridad, y ésta tuvo que ser ejercida por el hombre más fuerte, por el que dispusiera de más armas a su orden.

Allí donde no existía la “fuerza, del Derecho” se creó, por exigencias de la vida misma de la sociedad, “el derecho de la Fuerza”; y en vez de la buena tradición del respeto a los derechos individuales se estableció infecunda tradición del derecho del más fuerte.

Esta especie de subversión, que no puede ser calificada como tal porque ella fue una imposición del medio, tuvo su razón de ser: la falta de una clase dirigente. Pues la que estaba llamada a serlo o no se hallaba madura para echar sobre sus hombros tarea tan descomunal, o se había lanzado a la guerra de independencia – como sucedió en Venezuela– y había sido físicamente destruida en la contienda, o no cumplió sus deberes, como en el Perú.

Una clase social estable es el producto del desarrollo económico, cultural y político normal, y la manera en que España organizó la vida americana no permitía ese desarrollo. Habiéndose hallado frente a ese hecho, los libertadores se vieron en el caso de actuar como lo aconsejaron o lo permitieron las circunstancias; y como, por otra parte, al ser destruida la autoridad monárquica la América de lengua española quedó situada en lo que podríamos llamar un amplio vacío de poder, los hombres que hicieron la guerra tuvieron que llenar ese vacío ejerciendo ellos el poder o se exponían a que su obra fuera destruida por el caos. Ese es uno de los dramas históricos más impresionantes entre los muchos que han enfrentado los héroes: qué hacer, cuando se ve el final de la acción, para que la obra creada no se pierda en el caos. Podemos imaginarnos a Simón Bolívar formulándose la tremenda pregunta sin que apareciera una respuesta adecuada a su angustiada interrogación. La solución no era sino una: que los que habían combatido hasta destruir el poder del rey ejercieran la autoridad allí donde la del monarca no existía. No podía ser de otra manera, no había ni tiempo, siquiera, para organizar, la sociedad sobre bases seguras. La solución que al parecer hubiera escogido San Martín –la de establecer una gran monarquía americana con personas de sangre real europea– era impracticable debido a la oposición internacional, que habría surgido inmediatamente de parte de países europeos y de parte de los Estados Unidos, y debido también a la oposición de las grandes masas, que habían identificado la independencia con la república. En cuanto a la angustiada hora de duda sobre cómo debía ser organizado el poder, se produciría en los primeros tiempos y en los libertadores de alma fina, y culta; después el ejercicio personal de la autoridad se hizo tradición y conquistar el poder público

para usarlo como un bien privado no podía suscitar ninguna preocupación en el alma montaraz del indio Rafael Carrera, por ejemplo.

Razas diversas

De México a la Argentina, del Caribe al Pacífico, la América Latina era un continente poblado por razas diversas a las que sólo unían la religión católica y la lengua española. Aun de este último vínculo escapaban el Brasil y Haití. La idea de una unidad global y profunda es falsa; no sólo no la había en el escenario continental, pero ni siquiera era cierta en lo regional y, en muchos casos, ni en lo nacional. Pues no había ni a lo largo del Continente ni en una zona ni en cada país una coordinación de grupos sociales organizados para la explotación económica o para el desarrollo cultural. No había en toda la América Latina un grupo humano con la fuerza y la preparación necesaria para imponer su voluntad a los demás, lanzarse a la conquista del poder público y establecer desde él un concepto de vida ciudadana. Sólo hubo la excepción de Haití, donde los negros se propusieron conquistar el poder para ellos y lo lograron, pero sin una idea más allá de esa: el poder para los negros. Casi inmediatamente después de haber sido fundada la república, los negros de Haití se dividieron en los monárquicos del Norte y los republicanos del Sur; en el Imperio de Cristóbal y la República de Petión.

Esta falta de ordenación tuvo sus frutos buenos: la democracia social y, en gran número de países, la democracia racial. Pues en la América Latina sucede que sin haber alcanzado la democracia política llegamos pronto a la social y a la racial. Bastaba que alguien se destacara, especialmente en la acción de las armas durante las guerras libertadoras o en las convulsiones que les siguieron, para que pudiera alcanzar posiciones predominantes, se tratara de un indio como Benito Juárez, de un blanco como Santander, de un mestizo como Páez o de un negro como Luperón; podía ser de cuna ilustre como Simón Bolívar o de origen humilde como Francisco Morazán; ser hijo legítimo como Sucre o natural como O'Higgins; haber nacido en el lugar de sus hazañas, como José Martí, o en otro país de América, como Máximo Gómez; ser sacerdote como Hidalgo y Morelos o masón como José de San Martín.

La presencia del indio americano, desposeído y esclavizado en su propio lar pero aferrado a su modo de vida, la del conquistador español con sus diferencias de

castas y la del negro africano como esclavo, las tres razas mezclándose sin que se hubieran integrado culturalmente todavía cuando comenzaron las guerras de independencia, era ya un problema serio de por sí. La política colonial española no tomaba en cuenta la gravedad del caso.

España poseyó, pero no gobernó, pues no previó, y, por tanto, no organizó, aunque creyera que lo hacía porque no cesaba de producir pragmáticas.

La legislación por sí sola no ordena. La ordenación tenía que ser el producto de una clase dominante, y no la hubo en América porque el Estado metropolitano asumía el papel de rector supremo. La falta de esa clase dominante se tradujo en falta de organización, y el resultado fue un verdadero caos social, económico y político cuando el poder español fue destruido. Obsérvese que allí donde una clase dominante tomó en sus manos el poder a raíz de la expulsión de España —lo cual, desgraciadamente, sólo sucedió en Chile—, el Estado nació fuerte y tuvo desde el primer momento capacidad para mantener un régimen democrático, tal como lo pedían las grandes masas que se habían lanzado a la lucha. Es digno de tomarse en cuenta que de los tres países de la América Latina donde con más salud se ha dado la flor de la democracia —Chile, Uruguay y Costa Rica— ha sido en Chile donde con más lozanía y durante más largo tiempo se ha mantenido. Ahora bien, sucede que en Chile ha habido siempre una clase dominante: o los mineros, o los dueños de tierras, o los banqueros o una asociación de banqueros e industriales. Conviene tomar nota de que las épocas de conflicto político han coincidido en Chile con el traspaso del poder de un grupo social a otro que ha insurgido con fuerza bastante para desplazar al que lo ocupaba.

Desde luego, sería absurdo tratar de explicar todos los males de nuestra democracia con la fórmula única de la falta de una clase dominante. Los procesos históricos no son estables. Entre nosotros el caos se hizo tradición, y luego, cuando el imperialismo comenzó a jugar un papel importante en nuestros países, halló grupos sociales dispuestos a servirle con provecho para ellos y sin consideración alguna por la voluntad de las masas.

A menudo se ha confundido en la América Latina la falta de integración cultural con la confusión racial, argumento que todavía se oye en algún que otro lugar del Continente. El autor de estas líneas ha oído por lo menos dos veces decir que la democracia costarricense es fruto del predominio de la raza blanca en el pequeño

país centroamericano. Las dos veces el autor recordó que por muy blanca que fuera la raza de Costa Rica no lo era más que la de Alemania, y Alemania produjo el nazismo. El país más homogéneamente blanco de la América Latina es Argentina, y Argentina tuvo a Juan Domingo Perón y a sus descamisados. ¿Por qué? ¿Cuál fue el origen del movimiento peronista? ¿No sucedió en la Argentina algo parecido a lo que en tres ocasiones ha sucedido en Chile, esto es que una clase social de nueva aparición luchó por arrebatarse el poder a la que lo tenía? ¿No fue que en la contienda por el poder librada por la naciente burguesía industrial argentina contra los grandes terratenientes se abrió una brecha por la que asomaron las masas proletarias de las ciudades, y especialmente de Buenos Aires, encabezadas por Perón y Eva Duarte? ¿No fue esa una crisis parecida a la que padecieron los Estados Unidos cuando el sector terrateniente y esclavista del Sur se rebeló contra el Norte, de economía industrial, dando así origen a una guerra devastadora?

El costo de las guerras

Los Estados Unidos fueron afortunados por cuanto su desarrollo estuvo delimitado geográficamente: al Norte la sociedad industrial, al Sur la sociedad agrícola de base esclavista. Cuando el conflicto entre las dos clases se produjo, tuvo una localización geográfica; fue una guerra entre el Norte y el Sur, no el tipo de guerra civil que conocemos en la América de lengua española. Nuestras luchas no se definieron por regiones, aunque haya bastante de ello en el fenómeno llamado, “andinismo” en Venezuela. Por otra parte, nuestras guerras de independencia fueron costosas en vidas, en bienes y en orden social. Perdimos cientos de millares de vidas; perdimos riquezas muebles e inmuebles en cantidad desproporcionada con nuestras posibilidades; perdimos ciudades, haciendas, establecimientos de producción; y, por último, perdimos el orden social de la colonia sin que pudiéramos reponerlo con el orden político republicano. El excesivo costo de las guerras fue un factor de importancia, entre varios, en esa incapacidad para imponer una nueva ordenación de nuestras sociedades.

Al terminar las guerras de independencia la América Latina quedó físicamente exhausta. Los Estados eran pobres, la producción estaba desorganizada y había descendido a niveles casi inexistentes; habíamos perdido nuestros mercados compradores, el comercio interior estaba deshecho. Nunca habíamos tenido escuelas, maestros, caminos —con la excepción de los de mula—, puertos buenos —

con la excepción de los naturales—; no se conocía en esos tiempos la explotación racional de las riquezas del suelo. Grandes núcleos de la población reclamaban posiciones; no tenían aptitudes para desempeñarlas, pero tenían derecho a ellas porque se habían jugado la vida en la creación de las nacionalidades. Si nos hacemos cargo de cómo quedó el Continente al terminar las guerras libertadoras, no puede causarnos asombro que el caos social y económico se manifestara en revueltas incesantes. Todo el siglo XIX y buena parte del siglo XX fueron de reacomodación para la América Latina. Lo que debe asombrarnos es que a pesar de la debilidad intrínseca con que nacimos a la vida de la libertad tengamos hoy un Continente próspero, con grandes centros civilizados, y que la democracia política haya seguido siendo, como lo es, una aspiración unánime de nuestros pueblos.

Aun en las más empedernidas dictaduras de la América Latina se advierten signos de respeto a ciertas conquistas de la democracia. Por ejemplo, los peores tiranos se proclaman a sí mismos adalides de la democracia y ninguno de ellos se atrevería a defender doctrinas racistas, como la nazista, o a erigirse en campeón de la desunión interamericana. En esta actitud no hay sólo temor a una opinión adversa en los Estados Unidos; hay sobre todo una gran dosis de respeto a lo que son sentimientos muy vivos en las masas de nuestros pueblos.

Los males del Continente se manifestaron con mayor fuerza en la zona del Caribe debido a muchas causas: el Caribe fue el campo de lucha, preferido por las naciones europeas en los siglos de la colonización; el Caribe fue la zona más maltratada por la explotación colonial porque era la que mejor se prestaba al desarrollo agrícola sobre base esclavista. Las luchas de las metrópolis europeas se hicieron más dramáticas en el Caribe que en otras zonas del Continente. Fue en el Caribe donde más costosa, en todos los órdenes, resultó la guerra por la independencia. Sólo en Haití, Venezuela y Cuba murieron cerca de un millón de personas a causa de las rebeliones contra Francia y España. En esos días no había Plan Marshall ni ayuda técnica para ayudar a la reconstrucción de lo destruido; el pueblo empobrecido por la guerra quedaba a merced de sus propias fuerzas, o —lo que era peor— librado a la codicia extraña. Fue tanta la pobreza en algunas regiones del Caribe durante el siglo XIX, que en el oriente de Costa Rica llegó a usarse como moneda el grano de cacao.

La participación del Caribe en las grandes guerras americanas por la independencia fue decisiva y de tanta importancia que cambió el curso de la Historia en todo el Continente. Resulta aleccionador observar que el punto del Caribe más oprimido, y, por tanto, el que parecía más alejado de las posibilidades de la rebelión –que tenía, además, escasa categoría por su tamaño y por su posición geográfica–, fue el eje sobre el cual giró en sus inicios la gran tormenta libertadora. Se trata de Haití, la minúscula colonia que Francia había establecido en la porción occidental de la isla de Santo Domingo.

Esa isla de Santo Domingo fue bautizada La Española por el Almirante Don Cristóbal Colón, y en ella estableció él mismo la primera base militar y política de España en el Nuevo Mundo. Situada entre Puerto Rico, al este, y Cuba al oeste, La Española era rica en montañas que le daban diversidad de clima dentro del tropical, rica en aguas y en tierras feraces; su tamaño –unos setenticinco mil kilómetros cuadrados– resultaba adecuado para el desarrollo de una población agrícola numerosa. Su situación era tan conveniente que los piratas y corsarios que comenzaron a infectar el Caribe en el Siglo XV tomaron sus costas noroccidentales, como las mejores bases para atacar la navegación española. Sin embargo, España no comprendió su importancia.

En el siglo XVII corsarios y piratas franceses acabaron fundando establecimientos en la costa oeste de la isla; y llegó el día en que España reconoció esos establecimientos como colonias de Francia, cometiendo así el desatino de permitir que en un punto de gran valor estratégico se introdujera una cuña militar y política enemiga. La isla de Santo Domingo pasó a ser, pues, colonia francesa en el Oeste y colonia española en el Este; la continuidad insular se había roto. Ya antes Jamaica había pasado a manos inglesas. Las cuatro grandes islas del Caribe –Cuba, Santo Domingo, Jamaica y Puerto Rico– hubieran podido formar una rica provincia ultramarina del imperio español. España no lo comprendió, porque España poseía, pero no gobernaba.

Repercusiones fatales

En el juego político mundial, igual que en el ajedrez, el pequeño error de hoy puede tener consecuencias incalculables mañana. La presencia de una colonia francesa en la isla de Santo Domingo tuvo repercusiones fatales para la metrópoli española en la tierra continental de Sur América. Pues Haití no fue sólo el país

latinoamericano que primero se independizó dando así el ejemplo a las colonias de España, sino que, además, fue él el que acogió a Bolívar cuando éste se vio forzado a abandonar la tierra continental, y le dio protección y ayuda en dos ocasiones decisivas para el porvenir de la guerra de independencia en Venezuela y en Colombia. Haití libre fue una puntilla en la testuz del imperio.

Ningún país de la América Latina fue más inmisericordemente explotado que Haití, ni aun Bolivia, la martirizada por la codicia. Al acercarse el final del siglo XVIII, Haití era la colonia más próspera de Francia y se le consideraba la más rica del mundo. Esa valiosísima colonia tenía menos de treinta mil kilómetros cuadrados, gran parte de los cuales eran de montañas; no había allí minas de ninguna especie; su riqueza era sólo agrícola y provenía del trabajo esclavo. La parte más feraz y la más grande de la isla estaba en manos españolas, pero su población era menos de la cuarta parte de la de Haití y su producción no podía acercarse ni al diez por ciento de la haitiana. El concepto de colonia-factoría cristalizó en Haití antes que en ninguna otra parte del mundo.

Hay tierras con destino, por lo visto; pues esa isla de Santo Domingo, cuando se llamó La Española en los días iniciales de la Conquista, dió origen a la Legislación de Indias, que es el primer intento de establecimiento de un orden legal como vínculo entre metrópoli y colonia en los tiempos modernos; de allí procedían los indios que llevó Colón a España en su segundo viaje para venderlos como esclavos, y a esos indios les tocó inaugurar una nueva era en el derecho de gentes cuando los Reyes Católicos se opusieron a su venta porque no habían sido tomados como botín en acción de armas; de allí saldrían las primeras opiniones opuestas al derecho de conquista, los alegatos de Montesinos, Las Casas y otros monjes dominicos, ese importante movimiento que el investigador cubano José María Chacón y Calvo llamó “criticismo”.

En la porción occidental de esa isla, la más cercana a las montañas del Bahoruco, por cuyos bosques anduvo sublevado durante quince años el cacique Enriquillo en los albores del siglo XVI, establecieron piratas y corsarios franceses, entre mediados del XVI y principios del XVII, la colonia-factoría más próspera del mundo, la fabulosa Haití o Saint-Domingue, ejemplo de explotación organizada. En el 1780 Haití tenía más de medio millón de esclavos trabajando en la producción de azúcar, de café, cacao, añil, ganado. En la época más productiva de su historia colonial, que fue a mediados del siglo XIX, Cuba no llegó a tener

un millón de esclavos; para alcanzar la proporción de Haití debió haber tenido dos millones y medio. Esto quiere decir que la explotación de Haití fue por lo menos cinco veces más intensa que la de Cuba. La conclusión a que se llega es simple: si España se hubiera dedicado a organizar sus colonias con el criterio de Francia, la riqueza del imperio español habría alcanzado límites insospechados.

Aclaremos, de paso, que no era ese el tipo de organización colonial a que nos referimos, echándola de menos, al comenzar este estudio. La organización colonial francesa en Haití tenía como objetivo único la explotación del suelo y de los esclavos para que les produjeran riqueza a sus amos. El criterio de organización colonial con vistas al desarrollo político de los pueblos dependientes es otra cosa; consiste en reconocer con anticipación, como alcanzó a verlo en el siglo XVIII el conde de Florida-blanca, el porvenir de las colonias en el orden político, y en consecuencia darse a la tarea de preparar a las poblaciones dependientes para que en su día puedan administrar sus propios territorios; consiste en considerarlas como parte integrante del Estado metropolitano, no como una propiedad privada, y, por lo mismo, dar a sus naturales categoría de ciudadanos. Puede alegarse que este es un concepto demasiado avanzado para la época de la Conquista y de la Colonia en América. Pero no lo consideraron así los españoles que reclamaron para los indios de América el tratamiento de vasallos de Su Majestad, que debían ser protegidos por los Reyes como ciudadanos. Además, ¿no hubo en la Historia antigua el ejemplo de las colonias griegas?

La Revolución Francesa tuvo repercusiones inmediatas en Haití, y, por tanto, en la colonia española que compartía con Haití la isla de Santo Domingo, pues convencionales de París declararon que todos los hombres eran iguales ante la ley; no dijeron todos los hombres blancos o todos los que fueran propietarios sino todos los hombres, sin distinción de raza o condición social. Como es lógico, los esclavos negros de Haití estaban comprendidos en esa igualdad universal, puesto que Haití era territorio francés y se hallaba gobernado por el régimen revolucionario de París.

La reacción de los amos de tierras y de esclavos de Haití fue inmediata: no acatarían lo ordenado por la Convención. Las autoridades de la colonia se pusieron de parte de los propietarios. El poder político y el poder económico de la colonia se colocaron, pues, en abierta rebelión contra su metrópoli.

La sublevación de los esclavos

En la maraña de una serie de acontecimientos dignos de estudio por su valor de lección histórica, hallamos que el Gobierno francés hizo frente a la rebelión de los colonos apoyándose en las masas esclavas, quienes sirviendo al régimen metropolitano aprendieron el arte de combatir y se dieron cuenta de cuántas eran sus propias fuerzas. La sublevación de los esclavos tomó los más inesperados caminos, pero al final se convirtió en guerra a muerte contra los amos que los habían explotado y contra la metrópoli de la cual procedían esos amos. Entre los años finales del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX, los negros de Haití hicieron la revolución más completa que recuerda la historia humana, pues fue a un mismo tiempo revolución social, de esclavos contra amos; revolución política, de colonos contra metrópoli, y racial, de negros contra blancos.

De la gran convulsión haitiana salió la primera república libre de la América Latina, establecida en 1804; esa república se convirtió, a la muerte de Dessalines, en el imperio del Norte, encabezado por Cristóbal, y la república del Sur, encabezada por Alejandro Petión. Fue este Alejandro Petión quien ayudó dos veces a Simón Bolívar para que reemprendiera la guerra libertadora contra España en la tierra continental; a cambio de esa ayuda, que haría posible la creación de cinco repúblicas desde las orillas del Caribe, hasta los Andes del Sur, el presidente haitiano sólo pidió al general caraqueño la libertad de los esclavos en los países que fuera haciendo libres.

La colonia española que ocupaba la porción este de la isla de Santo Domingo no podía escapar a la tempestad social y política desatada en el Oeste. Los esclavos sublevados en Haití consideraron peligrosa la existencia de una colonia esclavista en la misma isla, e invadieron la parte oriental. Toussaint L'Overture, el extraordinario negro haitiano que había sido hasta los cuarenta años cochero de sus amos franceses y que probó ser uno de los más hábiles y juiciosos políticos de su tiempo, proclamó la “unidad e individualidad” de la isla, y diciendo que actuaba a nombre de Francia, ocupó con tropas haitianas la porción española. Más tarde la ocupación sería encabezada por Dessalines, el creador de la República de Haití; después, por Cristóbal, el emperador del Norte; más tarde aún —en 1822—, por el Presidente Boyer.

La parte española fue cedida a Francia cuando España resultó invadida por las tropas napoleónicas, y utilizada por Napoleón como base de operaciones contra Haití. Los dominicanos, que se consideraban todavía españoles, batieron a los soldados de Bonaparte en la rápida y afortunada campaña llamada de la Reconquista. La isla de Santo Domingo figuró en los propósitos de Napoleón como el punto clave en sus planes para lanzarse a la creación de un vasto imperio colonial francés basado en la Luisiana, esto es, en el corazón de la América del Norte. Esos planes resultaron fallidos debido a la sublevación haitiana contra las fuerzas de Leclerc, cuñado del Emperador, que fue derrotado por Cristóbal, y a la campaña dominicana de la Reconquista.

La rebelión haitiana, y sus reflejos inmediatos en la parte española de la isla, llenaron unos treinta años –la última década del siglo XVIII y las dos primeras del siglo XIX– de la vida dominicana. En esos años, la colonia española de Santo Domingo perdió a sus mejores hombres; emigraron hacia Cuba, hacia Puerto Rico y hacia Venezuela las más cultas y ricas de las familias. La colonia empobreció tanto que a mediados del siglo XIX tendría unos ciento veinticinco mil habitantes, es decir, una densidad que no llegaba ni a 2.5 por quilómetro cuadrado. En las montañas solitarias, en los valles abandonados a una vegetación selvática, en los raquícos, centros poblados, ¿qué podían producir esos escasos habitantes? Los males del abandono en que dejó España a la que fue su primera colonia en el Nuevo Mundo se veían allí agravados, porque fue precisamente ahí donde hicieron crisis más violenta los errores de la metrópoli.

Cuando de esa colonia dejada a su suerte, maltratada por los desaciertos metropolitanos, surgió en 1844 la República Dominicana, ¿podía esperarse una sociedad democrática saludable? De ninguna manera; y son en verdad dignos del respeto de la historia los abnegados soñadores que la fundaron con la esperanza de que amparara a un pueblo libre. La fe con que los creadores de la patria americana miraron hacia el porvenir es conmovedora; esa fe explica el milagro de nuestra supervivencia, y como no hay duda de que el paso de los siglos confirma las esperanzas de aquellos grandes hombres, cada día nos parecen más dignos de nuestra veneración porque no trabajaron para ellos sino para las generaciones que habían de sucederles. Tres patriotas encabezaron la larga tarea de fundar la República Dominicana, Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella. El primero murió desterrado en Venezuela; el

segundo, fusilado en su país; el tercero, prácticamente olvidado en la tierra que ayudó a hacer libre.

Desde el momento mismo en que nace, la República Dominicana comienza su vida de cuartel y durante once años combate en la frontera haitiana. Un pueblo pobre, escasamente poblado, no halla escuela de democracia en los campamentos militares; los medios de que dispone no pueden ser usados en libros sino en fusiles; los mejores de sus hombres no pueden dedicarse a organizar al pueblo para la vida superior, sino que tienen que correr a mandarlo en las batallas; los caudillos que alcanzan el favor público en épocas de guerra no son los que predicán ideas sino los que abaten al enemigo entre toques de cometas y estampidos de cañón. No fue Benjamín Franklyn el elegido para gobernar a Estados Unidos cuando éstos dieron fin a su lucha contra Inglaterra, sino George Washington, el general victorioso. Ahora bien, George Washington era un militar inglés educado en el respeto al derecho, pero Pedro Santana, el vencedor de los haitianos en la porción española de la isla de Santo Domingo, era un campesino adusto e inculto, criado en la concepción colonial de España, la de mandar y no la de gobernar, la de encarcelar vez de educar, la de fusilar en vez de convencer. Pedro Santana, fue quien ordenó destierro de uno de los padres de la patria y el fusilamiento de otro; hizo fusilar hasta a la autora de la primera bandera dominicana, hermana de Francisco Rosario Sánchez. En 1861, cuando sintió que su final se acercaba, Pedro Santana, dictador militar, usó su autoridad de caudillo de armas en devolver la república a su antigua condición de colonia: en 1861, la República Dominicana pasó a ser otra vez posesión española, y el Presidente Santana, Capitán General a las órdenes de Su Majestad Isabel Segunda. No hay igual en la historia de América.

Consecuencias remotas

Veamos ahora las consecuencias remotas del zarandeo internacional a que estuvo sujeta la tierra dominicana: con las invasiones haitianas de 1822 había llegado al país y se había establecido en una villa cercana a la capital –Santo Domingo de Guzmán– la familia Chevalier; tenía apellido francés, pero era haitiana y, por tanto, de origen africano. Miembro de esa familia era la joven Diyeta Chevalier. Con las tropas españolas que entraron en la República Dominicana en 1861 llegó José Trujillo Monagas, natural de las Islas Canarias, veterinario del cuerpo de Sanidad Militar del ejército de Isabel Segunda. Diyeta Chevalier estaba llamada a

ser la bisabuela materna del dictador Rafael Leonidas Trujillo; José Trujillo Monagas iba a ser el abuelo paterno. Una invasión dio la rama femenina, una ocupación militar dio la rama masculina; y al cabo de los años, otra ocupación militar, la norteamericana de 1916, formaría la atmósfera necesaria a la aparición de Trujillo como dictador. Así va trabajando la historia, por estratos; y en países como los de América nada ocurre sin que deje una simiente llamada a dar frutos más tarde. Los frutos pueden ser espléndidos, como José Martí, hijo de valenciano y de canaria; pueden ser útiles, como José Figueres, hijo de catalanes; pueden ser venenosos, como Boves, el asturiano, o Rafael Leonidas Trujillo. Pero espléndidos, útiles o venenosos, son los de la tierra americana; se dan como un resultado de lo que hay en ella, y unos y otros, van formando el cañamazo de la historia en nuestro fecundo Continente.

La colonia española de Santo Domingo se había desligado de la Metrópoli en 1821, y en esa ocasión se declaró protectorado de la Gran Colombia. Fue el único territorio de América no ocupado por soldados de Bolívar que izó la bandera del Libertador. Pocos meses después, a principios de 1822, los haitianos invadieron y se mantuvieron en el país hasta febrero de 1844, cuando se estableció la República Dominicana, y, comenzó la guerra de once años contra Haití. La anexión a España se produjo en 1861 y en 1863 comenzó la sublevación contra los ocupantes españoles y sus aliados, los partidarios de Pedro Santana, el anexionador. La guerra, llamada de la Restauración, terminó en 1865. En 1869 el Gobierno dominicano inició negociaciones para anexar el país a Estados Unidos, lo que nuestros pueblos han probado dio origen a una nueva guerra, la llamada “de los seis años”. Al terminar ésta, en Santo Domingo no había grupo social con fuerza dominante: estaban arruinados los ganaderos, los madereros, los comerciantes, los agricultores, y, desde luego, el Estado. La población de todo el país era menor que la de la ciudad de La Habana; a duras penas se mantenían algunas escuelas de primeras letras, y la situación, en general, era tan mala como lo había sido ochenta años atrás.

Sin embargo, poco después de haber salido de esa guerra “de los seis años” el pueblo dominicano comenzó su primer esfuerzo notable de organización; fue el establecimiento de la Escuela Normal para formar maestros, obra creada por Eugenio María de Hostos con el auxilio de varios jóvenes. Hostos fue uno de

esos grandes forjadores de conciencia en América, varón ejemplar, de los que tenían vocación de crear naciones con restos de andrajos coloniales. Veinte hombres como Hostos que hubiera tenido América un siglo antes, y la faz del Continente habría cambiado.

Pues el material humano de nuestros pueblos ha probado tener una calidad ejemplar; hemos tenido en todas las épocas hombres enamorados de la grandeza; hemos tenido inteligencias brillantes y caracteres fieros en la defensa de la justicia, la bondad, y la verdad. Nos faltaron maestros, ¿y cómo habíamos de tenerlos si la propia España carecía de ellos? Cuando aparecieron los caudillos de las ideas, los que les siguieron formaron legión. Hostos fue uno de esos caudillos, y en la República Dominicana halló discípulos fervorosos.

El entusiasmo por la cultura que acertó a crear Hostos en la República Dominicana dio resultados admirables. Además de la Escuela Normal para hombres se fundó, bajo el cuidado de la poetisa Salomé Ureña de Henríquez, la Escuela Normal de mujeres; surgieron sociedades de cultura, escuelas, centros cívicos, periódicos; se organizaron torneos literarios y científicos, se formaron escritores y poetas. Puede estimarse como un fruto de esa noble agitación el Enriquillo, de Manuel de Jesús Galván, uno de los libros más extraordinarios de las letras castellanas: novela, historia y tragedia a un tiempo.

Hubiera sido saludable el cuerpo social dominicano, y con el impulso creador de Hostos y de sus seguidores habría tenido bastante para desarrollarse sin estorbos. No lo era, sin embargo, y diez años de trabajo, por torrencial que sea la fe con que se labora, no bastan para llegar hasta las raíces de un árbol sembrado siglos antes. En lo primario de las raíces el árbol dominicano estaba enfermo. Daba flores, perfumaba el aire tropical, pero la obra regeneradora debía ser mucho más larga para curarlo del todo. Entre el 1880 y el 1890, aquellos que habían hecho la guerra de la Restauración y la de “los seis años”, formados en el fragor de los combates, unos por acción y otros por omisión, fueron creando la atmósfera necesaria a la aparición de un dictador. La dictadura, encabezada desde luego por el general más afortunado de entre ellos –Ulises Heureaux– acabó hallando en Hostos y en sus discípulos el obstáculo más obstinado a su afán de poder. Hostos tuvo que abandonar el país; se fue a Chile, y sus seguidores resultaron, tras enconada lucha, dispersados por la fuerza.

Pero en América Latina hay una profunda corriente creadora a la que ni aun el más empedernido de los tiranos puede oponerse. La necesidad de progreso es tan viva en nuestros pueblos como la necesidad de libertad; de manera que cuando la última les es negada el dictador tiene que suplantarla con un progreso de orden físico más acelerado que lo normal. Estamos por creer que podría hallarse la fórmula de relación constante que hay entre la pérdida de libertad y el aumento de bienes materiales públicos en cada uno de nuestros países. Los tiranos de la América Latina aspiran a justificar sus tiranías levantando obras públicas, y más obras públicas inauguran cuanto menos libertad admiten. Vista con un criterio benévolo, esa actitud de los tiranos indica que ellos mismos reconocen el mal que hacen y tratan de compensarlo con edificaciones que llenen el ojo del pueblo. Venden su conciencia al diablo, puesto que ninguno de ellos ignora que “no sólo de pan vive el hombre”, pero tratan de engañarse a sí mismos engañando a los demás con el disfraz de constructores.

La dictadura de Lilís

La dictadura que encabezó Ulises Heureaux en la República Dominicana entre 1886 y 1899 tuvo esas características comunes a la mayoría de las tiranías americanas: levantó edificios, tendió ferrocarriles, llevó el telégrafo al país; y como Santo Domingo era pobre, para realizar esas obras comprometió la hacienda nacional con empréstitos extranjeros. El dictador fue muerto en 1899 por un grupo de jóvenes de la clase media. A partir de la muerte de Heureaux comenzó una era de convulsiones políticas que no cesarían sino en 1916, año en el cual, alegando que los intereses de sus nacionales se hallaban en peligro, el gobierno de los Estados Unidos ordenó a la Infantería de Marina que ocupara el territorio dominicano. Desde 1915, esa misma fuerza había ocupado Haití; de manera que al mediar el 1916, segundo año de la guerra europea de 1914-1918, la antigua Española de Colón se halló gobernada militarmente por Norteamérica.

Este no es el momento de exponer las causas profundas de la ocupación norteamericana en Santo Domingo. La expansión imperialista de los Estados Unidos se hallaba en su apogeo y el Caribe era la zona natural de esa expansión. La escuadra iba tras el dólar, pero a menudo la escuadra la abría camino al dólar, y esto último fue lo que sucedió en Santo Domingo. Lo que nos importa a nosotros advertir ahora, como lo hemos hecho antes numerosas veces, es que el imperialismo fue una consecuencia natural del desarrollo del capitalismo fue una

consecuencia natural del desarrollo del capitalismo en Norteamérica dentro de la concepción de la época, y que en la misma medida en que ellos son culpables de haberse aprovechado de sus fuerzas olvidando toda regla moral, nosotros somos culpables de no haber hallado en nuestras reservas morales algún contén que oponer a esas fuerzas desatadas. Si los países del Caribe hubieran tenido organización, progreso, cultura, paz, dignidad nacional, en una palabra, no habría habido ocupación militar norteamericana ni en Cuba ni en Panamá ni en Nicaragua ni en Haití ni en Santo Domingo. Un gran cubano lo dijo: “Opongamos a la expansión extraña la virtud doméstica”. Nos faltó la virtud, y si no perecimos fue debido a que el mundo rechazaba, ya en el siglo XX, la acción de la fuerza como origen del derecho de posesión.

Ahora vamos a entrar en la descripción de ciertos males del pueblo dominicano que habían perdurado desde los días de la Colonia. Uno de ellos fue la división de la familia nacional en castas. Santo Domingo no se libró nunca de esa absurda tradición colonial. La división era superficial y a la vez profunda, paradoja que requeriría una larga explicación. Era superficial porque no impedía que gentes de extracción humilde alcanzaran las posiciones dominantes del país si tenían condiciones para imponerse al medio; y era profunda porque impedía que las posiciones medias fueran ocupadas por aquellos que no procedían de los círculos considerados aristocráticos, llamados por la generalidad “de primera”. Era superficial porque no tomaba en cuenta la raza o la cultura o los medios económicos como fundamento para la división: se podía ser “de primera” siendo negro o mestizo, inculto o pobre, si se procedía de familias que hubieran tenido participación destacada en la vida pública; era profunda porque el primero que diera lustre a su casa con hechos notables hallaba cerradas las puertas de los círculos “de primera” cuando intentaba entrar en ellos por vez primera.

La población que no era “de primera” se dividía en los “de segunda” y los “de tercera”. Los más afectados por la división eran los “de segunda”, por lo general gentes de recursos limitados, propietarios de pequeños negocios, más cercanos a los “de primera” pobres, con los cuales no podían compartir en ciertas ocasiones. Los “de primera” se reunían en centros de diversión llamados “clubs”, casi siempre la mejor construcción de cada poblado. En las poblaciones pequeñas la división se acentuaba sobremanera a la hora de celebrar un sarao, y era frecuente que de dos jóvenes amigos que estudiaban juntos y juntos recorrían las calles en

las horas de descanso, uno no pudiera asistir a las fiestas del “club” adonde iba el otro, porque este era “de primera” y aquel “de segunda”.

En muchos de esos jóvenes “de segunda” la humillación era una fuente de terribles sufrimientos. Rafael Leonidas Trujillo, hijo mayor de una familia “de segunda” de una villa cercana a la capital del país, jamás le perdonó al pueblo dominicano esa división en falsas castas, y, sobre todo, jamás le perdonó que él no naciera “de primera”. En su complicada alma llena de abismos, en esa humillación de sus días juveniles creció el hambre de honores, el afán de posiciones cada vez más altas, y de los títulos más pomposos, de que daría muestras tan pronto se convirtiera en dueño del poder político. Tan fuerte fue en él la necesidad de vengarse de aquellas afrentas que cuando llegó a la preeminencia que le confirió la dictadura hizo desbandar todos los “clubs” del país y los forzó a reorganizarse con su nombre. Actualmente, en cada ciudad dominicana el “club” principal se llama “Presidente Trujillo”. La falsa división de los dominicanos en las tres categorías –“de primera”, “de segunda” y “de tercera”– no ha sido eliminada aún.

Otro de los males coloniales fue la vergüenza de la pobreza y el “tabú” del trabajo manual para las gentes que se consideraban “importantes”. Estas no podían trabajar si no era en funciones públicas o en profesiones liberales, pero en caso de hallarse sin trabajo se consideraban deshonradas si daban muestras de pobreza. Trujillo, miembro de una familia modesta, identificó la posesión de dinero con la importancia social a edad tan temprana, que, a su primer animal de silla, una potranca que le regalaran siendo niño, la llamó “Papeleta”, nombre con el que se designa en el país los billetes de banco; su primera hija, nacida cuando él había cumplido apenas los veinte años, la bautizó Flor de Oro.

La necesidad de honores y la riqueza acabaron confundándose en el alma atormentada del joven Trujillo. Había llegado al mundo con una psicología propicia a ser deformada por los complejos; y crecía en un medio social en que esos complejos se producían como fruto natural del ambiente. El resultado lógico tenía que ser, como lo fue, la formación de un psicópata que podía resultar peligroso para la comunidad si se le ofrecían circunstancias favorables. Para mal de los dominicanos, las circunstancias favorables se produjeron cuando el país fue militarmente ocupado por la Infantería de Marina de los Estados Unidos en 1916.

La Guardia Nacional

Entre las primeras medidas de los ocupantes extranjeros la más importante fue el licenciamiento de todas las fuerzas armadas y su sustitución por una fuerza constabularia llamada Guardia Nacional. Uniformada como la Infantería de Marina, con oficiales procedentes de ese cuerpo, la Guardia Nacional sirvió a la vez como policía rural y como ejército naciente. En la Guardia Nacional, con grado de cadete, entró Rafael Leonidas Trujillo en el año 1919.

El hombre deformado por el medio había hallado el cauce justo para su desenvolvimiento, pues era ambicioso, trabajador, metódico, y tenía don de mando. No le había sido posible poner en acción esas condiciones en el ambiente dominicano anterior a la ocupación militar porque entonces sólo podían distinguirse aquellos que actuaban en las guerras civiles como caudillos, y Trujillo no tenía dotes de guerrero; los hombres públicos con personalidad brillante, sobre todo los políticos que eran o grandes oradores o buenos escritores, y Trujillo no tenía facultades para ninguna de las dos cosas; o los que ejercían con fortuna profesiones liberales, como la abogacía y la medicina, y Trujillo no había mostrado inclinación a los estudios.

La Guardia Nacional fue el ambiente propicio para él, entre otras razones porque Trujillo había traído al mundo el don de la intriga. A lo largo de su vida puede apreciarse que si carecía de dotes políticas tenía en cambio las de gran intrigante, y ningún campo es más adecuado para desarrollar el genio de la intriga que un instituto armado en tiempos de paz. Usando hábilmente de sus condiciones nada comunes para el trabajo, la organización y el mando, con su capacidad de intriga al servicio de una ambición excepcional, Rafael Leonidas Trujillo fue ganándose la confianza de los oficiales norteamericanos que formaban el mando de la Guardia Nacional, y fue ascendiendo hasta alcanzar, en menos de cinco años, la segunda posición en la jefatura del cuerpo. Ahí se hallaba cuando en 1924 las fuerzas de Infantería de Marina abandonaron el país, que había elegido poco antes un gobierno encabezado por uno de los caudillos de las guerras civiles que habían conducido al país al caos y a la ocupación militar de 1916.

Tal como lo hemos padecido en la América Latina, el caudillaje ha sido una de las peores enfermedades de nuestro cuerpo social. El caudillo, que felizmente va desapareciendo en nuestras tierras, no actúa con vistas al interés general sino al

suyo; con frecuencia sobrepone sus pasiones al bien del común. A la hora de escoger un funcionario no elige el que más convenga al país, sino al que más simpático le sea. Por otra parte, el caudillo es la encarnación de la división de nuestras masas, el reflejo y el producto de su escasa evolución política. El caudillaje mantuvo a la República Dominicana dividida en dos partidos personalistas que se formaron a raíz de la muerte del tirano Heureaux. El jefe de una de esas facciones fue elegido presidente de la República en 1924; y la debilidad congénita en el caudillaje fue usada por Rafael Leonidas Trujillo para ganarse la confianza presidencial y ascender hasta la jefatura del cuerpo armado nacional, desde donde le fue fácil producir en 1930 un golpe de Estado, apoderarse del gobierno del país e instaurar lo que en pocos años sería la extravagante dictadura que toda América conoce.

Personalmente, Trujillo fue el producto de las deformaciones del medio social en que nació y creció; políticamente, el hijo legítimo de una larga crisis nacional que tuvo su punto culminante en la ocupación militar norteamericana. Quiere decir, pues, que la debilidad del pueblo dominicano, originada en un mal desarrollo desde los días coloniales, coincidió con un nudo de problemas extraños –la gran guerra europea de 1914-1918 y la expansión del imperialismo de Norteamérica– justamente en el momento apropiado para que Rafael Leonidas Trujillo hallara el camino que convenía a sus dotes; puesto en ese camino, el final sería la dictadura.

Al abandonar el territorio dominicano, las fuerzas de Infantería de Marina de los Estados Unidos dejaron como única institución de fuerza pública a la Guardia Nacional. No había partidos de principios, si se exceptúa el pequeño Partido Nacionalista; no había organizaciones obreras; la población estaba en condiciones de cultura política muy parecidas a las de 1916, cuando el país fue ocupado; no se habían transformado a fondo las bases económicas del pueblo. En ese panorama cargado de tintes débiles sólo la Guardia Nacional, depositaria de las armas, tenía estabilidad. Su jefe, naturalmente, pasó a ocupar el poder político. Y su jefe era Trujillo.

No es del caso entrar ahora a describir la situación de la República Dominicana ni los métodos que usa la tiranía para mantener al pueblo sumido en el terror. Toda América está al tanto de ambas cosas. Vista en detalle, la dictadura de Santo Domingo, es repugnante; sus crímenes, su persecución de los adversarios a muerte y deshonor, el régimen de miedo que mantiene, la indignidad a que rebaja

a sus servidores y su sombrío mal gusto, la destacan entre todas las que ha sufrido el continente como la más abyecta. Ahora bien, vista en conjunto y a distancia, como si no nos afectara y ¿a qué fuerzas debemos atribuirla?

Al arrastre de males coloniales, la personalidad psicopática de Trujillo, la escasa evolución política de las masas, la conjunción de fuerzas extrañas en un momento dado son factores de la situación. Pero esos factores, ¿cómo se unieron; qué poderosa fuerza los puso en acción?

Nuestra opinión es que la tiranía de Rafael Leonidas Trujillo tiene un impulso interior de poder avasallador; es el que ha impuesto la aparición y el desarrollo de la economía capitalista en un país que se había quedado retrasado, en ese sentido. Situada en el Caribe, donde la explotación capitalista venía dándose desde el siglo XVIII –primero en Haití, luego en Cuba, más tarde en Puerto Rico– la República Dominicana había quedado aislada, y en la segunda década del siglo XX apenas se había asomado, en algunos ingenios de azúcar, a la etapa capitalista de la producción. La Historia no perdona esos absurdos. Un país colocado en una zona de gran interés para el capitalismo, de abundantes recursos naturales, no podía seguir fuera de esa gran corriente moderna.

La entrada de Santo Domingo en esa gran corriente ha sido violenta, brutal y sin consideraciones de ninguna índole. Esto se ha debido a varias causas; una de ellas, que el capitalismo ha sido personalizado en el dictador y éste carece de escrúpulos y de sentido del límite porque es un psicópata. El poder político ha sido usado por él en hacerse un emporio industrial, agrícola y financiero de su exclusiva propiedad. En Trujillo se han conjugado el gran empresario sin conciencia y el dictador implacable, y los resultados de esa conjunción han sido desastrosos para la evolución política del pueblo dominicano. Además de víctimas de su tiranía política, Trujillo ha hecho de los dominicanos obreros y empleados de sus empresas; y al mismo tiempo los oprime como dictador y los explota como empresario. En el escenario americano no se había dado hasta ahora un caso parecido, y eso explica las formas monstruosas que ha tomado en lo externo el régimen de Trujillo a la vez que la inmoralidad devastadora que corroe las entrañas de la sociedad dominicana; pues en Santo Domingo toda persona depende de Trujillo política o económicamente a un mismo tiempo política y económicamente.

Un Estado moderno –y decimos moderno ateniéndonos al equipo de información y represión que tiene hoy a su disposición el Estado en cualquier país, no importan su tamaño y grado de civilización– puesto al servicio del capitalismo, en tal forma que el jefe del Estado y el jefe de las principales empresas son una sola persona, es un fenómeno que no se ve fácilmente en la Historia. Si ese jefe de Estado y empresario tiene una configuración psicológica que lo lleva a considerarse la única persona digna de honores y de acumular fortuna, los resultados tienen que ser incomprensibles para quienes juzguen las apariencias políticas con criterio común. Quien no conozca la formación de Trujillo, el medio en que se desarrolló, las crisis que hicieron posible su actuación en el escenario público, e ignore esa dualidad de dictador y empresario que lo caracteriza; ése no podrá explicarse qué ha sucedido en la República Dominicana a partir de 1920; debido a qué razones hombres, familias y grupos sociales se ven forzados a rendirse a la voluntad del tirano.

Los defensores de Trujillo, y especialmente los extranjeros que reciben sueldos del dictador para formarle opinión pública favorable, alegan que bajo su gobierno la República Dominicana ha progresado en todos los órdenes. Olvidan que todos los países de la América Latina han progresado en el largo lapso de veintisiete años que lleva Trujillo en el poder. Ahora bien, Santo Domingo ha progresado como propiedad privada, no como país; como una hacienda del dictador, no como un pueblo. Un régimen de terror que no ha reconocido límite alguno sostenido durante casi un tercio de siglo ha hecho de los dominicanos autómatas, no ciudadanos; esclavos, no hombres. Las pasiones y los complejos que acumula en el alma humana una humillación tan prolongada y tan intensa producirán necesariamente el caos político a la desaparición del dictador. Y como el dictador tiene que desaparecer un día, aunque sólo sea en obediencia a la ley natural de la especie, la conclusión lógica es que está haciendo un daño irreparable al pueblo dominicano. Ahora bien, no serán él ni sus defensores a sueldo los que tendrán que hacer frente a las consecuencias de su régimen de explotación. El miedo a esa responsabilidad tiene mucho que ver con la prolongada duración de sistemas de gobierno como el de Rafael Leonidas Trujillo.

El empresario Trujillo y el dictador Trujillo no entran en contradicción; tienen los mismos intereses; son una misma y sola persona. El único grupo de empresarios independiente de Santo Domingo es el de los azucareros norteamericanos que

explotan, en acuerdo con el dictador, una parte de la industria del dulce; y éstos hallan muy provechosa la situación de esclavitud política y económica del pueblo. No hay posibilidad, pues, de que en la República Dominicana se produzca una división entre los poseedores de la riqueza y el poseedor del poder político, lo cual podría dar origen a un movimiento social que diera en tierra con la tiranía.

Los problemas que tiene frente a sí el sector dominicano que lucha por el establecimiento de la democracia en Santo Domingo son muchos y de difícil solución. El grupo que mejor los ha estudiado es el Partido Revolucionario Dominicano. Sin duda el obstáculo mayor que tienen por delante esos luchadores está en la personalidad psicopática del dictador, que no es capaz de admitir la más ligera insinuación sobre la necesidad de hallar una salida a la situación del país ni de tolerar la señal más débil de oposición a su régimen. Todos los dominicanos, los que son sus adversarios, saben que el propósito de Trujillo es establecer una dinastía; mantener en el poder a su hermano, el mayor de sus hijos después y más tarde al menor. Esa pretensión denuncia a distancia su estado mental, pues a nadie en sus cabales se le ocurre idea parecida en la segunda mitad del siglo XX y en el corazón de la América democrática.

¿Por qué ese empeño tan anacrónico? Tal vez porque Rafael Leonidas Trujillo cree que el tiempo puede dar a una obra mala categoría de obra buena. Y él sabe mejor que nadie que su obra es mala. Tiene tanta conciencia de ello que no se atreve a someterla al juicio de los hombres libres.